ANTOLOGIA



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 69

DELMIRA AGUSTINI

ANTOLOGIA

Preparación del texto a cargo del
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

DELMIRA AGUSTINI

ANTOLOGIA

Selección y prólogo de
ESTHER DE CACERES

MONTEVIDEO
1965

PROLOGO

Por dos diversas vías, en la puerta de mi adolescencia, tuve yo noticia de Delmira Agustini, y desde entonces siempre, por las dos diversas vías, ella me ha llegado, hasta quedarse al fin sus imágenes y sus cantos en mi alma, ya libres de mundo y tiempo, en las más secretas zonas de mi ser asombrado.

Recuerdo aquellas dos vías. Una por voz opaca y multitudinaria de gentes poseídas por nerviosa curiosidad. Era en una calle de Montevideo marginada de plátanos; una calle a la que se asomaba mi infancia angustiada o feliz, entre apacibles azulejos, misterioso aljibe, jazmines del cielo... Era un cortejo fúnebre que llevaba a dormir entre cipreses a dos criaturas jóvenes, unidas por el signo de la Muerte. A la vez todos los diarios daban largas crónicas, sensacionales fotografías, entre las que aparecían resplandecientes poemas de Delmira Agustini como una réplica de voz sobrehumana al sórdido lenguaje conversacional.

La noticia caía así sobre mi alma como una sorpresa chocante y áspera. Y ni la luz plateada de los azulejos, ni la verde sombra dulce de los plátanos podrían ya amortiguar este paso de la infancia transida amarga y oscuramente por un extraño luto y un plañir informe; por aquel ruido que violaba los silencios sagrados de la Muerte.

Luego la otra, la noble vía. Era la voz maravillosa de María Eugenia Vaz Ferreira en su primera lección de la Universidad de Mujeres. Ya no el paso fúnebre;

ya no la anécdota. María Eugenia decía la belleza de los poemas de Delmira; la vida variante de aquel ser, evocada a través de sus más hermosos versos, para que aprendiéramos la belleza de la forma y el misterio sagrado de la Poesía. Y María Eugenia casi cantaba en la penumbra de un aula inolvidable:

> Hace tiempo, algún alma ya borrada fue mía...
> Se nutrió de mi sombra... Siempre que yo quería
> el abanico de oro de su risa se abría,
> o su llanto sangraba una corriente más...

Supe así la distancia entre anécdota y categoría. Supe la permanente imagen de una Delmira genial. Y esta separación entre las circunstancias biográficas y el esplendor de la obra poética, la victoria del Arte; tal se nos dice hoy en el grave fundamental ensayo de Merleau Ponty sobre Cézanne; o como Emilio Oribe dijo con lucidez en su glosa sobre la misma Delmira, al estudiar las diversas etapas del erotismo en su obra.

A través de los años seguí recibiendo la noticia por tal doble vía; la versión y valorización de esos grandes poemas, y la insistente versión biográfica, que se va a juntar, en el recuerdo, con aquel híbrido ruido opaco, nacido en la sensualidad enfermiza, en la curiosidad vulgar, en el frívolo sensacionalismo, inquiriendo sobre un anecdotario atisbado sin la intimidad y el temblor que toda vida y toda muerte han de despertar. Ese persistente ruido de pesadilla se me junta, sí, con aquel ajetreo de la calle, con aquel comentario en que una mezcla de compasión, asombro, y cautelosa reserva no exenta de acento farisaico me desconcertaban.

Y la voz de María Eugenia Vaz Ferreira, libre y pura, vence, en el aire del recuerdo; canta otra vez en

mi; dice la belleza inmortal del verso; conduce mi alma hacia los más gloriosos poemas de la creadora extática:

...Alma que yo ondulaba tal una cabellera
derramada en mis manos... Flor del fuego y la cera ..
Murió de una tristeza mía... Tan dúctil era,
tan fiel, que a veces dudo si pudo ser jamás ..

Llevada por el eco de aquella lejana voz, por el eco de aquella música, entro yo en los poemas de Delmira Agustini y en el ámbito de este libro que otra vez lleva su alma misteriosa y sola hacia el aire agitado del mundo; y hacia las almas misteriosas y solas que se acerquen a sentirla.

Y llego otra vez a sus cantos.

Se ha querido que en la *Biblioteca Artigas* aparezca una *Antología* de poemas de Delmira Agustini.

Difícil misión es la de seleccionar, en obra extensa, valiosa, sumamente representativa y original, los poemas mejores. Difícil establecer un criterio para la selección, aunque domina en mí, naturalmente, la tendencia de elegir aquellas composiciones que tienen más valor en sí. Podrían regir otros criterios: entre ellos, el que considera a los poemas como elementos de un proceso, lo que nos llevaría a incluir en la selección aquellos versos que tienen en sí rasgos fundamentales, que se van desarrollando a través de la obra, hasta repicar en plenitud.

Incide también sobre el criterio de selección la buena tendencia a mantener la unidad y armonía del libro, la progresión de los cantos, y la visión permanente del alma y destino de la autora.

El antologista se ve, pues, en graves dificultades; ha de ajustar el criterio de selección; ha de mantener cierta objetividad lúcida, y cierta libertad con respecto a los gustos y tendencias sensacionalistas de la época; ha de estar atento, con oído y corazón pulsátil, a la esencial relación entre expresión y ser del creador.

En el caso se excluyen, naturalmente, los poemas de la colección "La Alborada", registrados en la edición oficial que el Ministerio de Instrucción Pública realizó bajo los auspicios del Gobierno de la República, en el año 1940, con el prólogo y dirección de Raúl Montero Bustamante.

Esa serie de poemas, que se incluyeron en la referida edición, fueron entregados por los familiares de Delmira Agustini; vienen de su niñez; la escritora, con razón, no los juzgó dignos de publicarse. Podrían ser utilizados para el estudio de su proceso, pero, en verdad, hasta hoy no vimos que hayan sido utilizados para ningún estudio crítico que justifique tal publicación. Por lo demás, juzgo que tales documentos pueden ser consultados en los sitios en que ellos se archivan.

Elegimos, pues, fuera de esa zona final de la edición de 1940, los poemas que se incluyen en las obras tituladas: *El Libro Blanco* (1907); *Cantos de la Mañana* (1910); *Los Cálices Vacíos* (1913); *El Rosario de Eros* y *Los Astros del Abismo;* ediciones póstumas estas dos últimas, aparecidas en el año 1924.

Si en algún momento hemos sufrido al hacer la selección, al excluir poemas que siempre tienen un valor y en los que siempre hay algún rasgo, algún paso genial, nos hemos serenado pensando que todo creador desea, en fin, tener su antología, y antología rigurosa, cuanto más alta es su conciencia de Arte. María Eu-

genia Vaz Ferreira dio el ejemplo más severo entre nosotros de ese rigor, resolviendo, después de tan delicadas cautelas ante los riesgos de la publicidad, la edición de los poemas severamente elegidos entre un gran número de los que, con criterio muy seguro y bien probado. tomó los más valiosos y representativos. Hemos de agradecer siempre a Carlos Vaz Ferreira el respeto con que cumplió esa voluntad de su hermana al realizar la edición póstuma de *La Isla de los Cánticos*.

En cuanto a la actitud de Delmira Agustini frente a los poemas que fueron publicados como obras póstumas, algo sabemos, según la nota que figura a continuación de *Los Cálices Vacíos* y en que la autora dice:

"Actualmente preparo "Los astros del abismo".

"Al incluir en el presente volumen, segunda edición de "Los cantos de mañana" y parte de "El libro blanco" estas poesías nuevas, no he perjudicado en nada la integridad de mi libro futuro. El deberá ser la cúpula de mi obra.

"Y me seduce el declarar que si mis anteriores libros han sido sinceros y poco meditados, estos "Cálices vacíos". surgidos en un bello momento hiperestésico constituyen el más sincero, el menos meditado... y el más querido."

Los poemas han sido elegidos, pues, entre todos los que la autora publicó y los de esta última zona, que según la nota transcripta, ella califica como querida y valorizada.

Y los he ordenado sin seguir el plan cronológico de la edición oficial ni el de las ediciones originales, buscando cierta relación de valores y cierta armonía

del libro, que no sé si pude conseguir, pues se trata de aventura difícil.

Vuelvo a pensar en el arduo trance de elegir; en el esfuerzo necesario para sobrepasar el límite de los gustos y tendencias particulares del antologista; en las inhibiciones que el respeto y la admiración determinan ante la exclusión de algunos poemas. Y otra vez el recuerdo de los creadores severos y humildes, el recuerdo de los verdaderos creadores que en verdad quieren perdurar según sus obras más logradas, amortigua todo resquemor. Y pienso en este último ejemplo que encontré, en el colofón de obras completas de aquel poeta romero, de León Felipe, editadas por Losada en el año 1963. Allí se dice que León Felipe sólo accedía a una restringida antología de lo que a él le parecía valedero, pues según su opinión, al examinar el conjunto "apenas se tienen en pie unos cuantos poemas. Dentro de unos años —cree— no se sostendrá ni un verso"...

En la edición de Delmira Agustini hecha en 1940, los poemas aparecen ordenados según fue su aparición en las distintas ediciones. Es una buena norma; puede también, en un libro que tiende a mostrar antológicamente los poemas que se juzgan de más valor, realizarse una ordenación distinta, dirigida a la unidad del conjunto.

En la edición titulada *Poesías Completas* (en realidad no lo son) que publicó Losada, Alberto Zum Felde resuelve el problema. En una primera zona del libro, la Antología hecha por el crítico. Luego las composiciones que aparecen, dice Zum Felde, "en la propia edición que la poetisa hizo de sus poemas, en 1913 (Ed. Orsini Bertani, Montevideo, 1 vol.) en la que incluyó, bajo el título general de *Los cálices va-*

cíos, que es la primera parte del libro y última en la cronología de su producción, partes seleccionadas de *Cantos de la mañana* y de *El libro blanco* aparecidos en años anteriores".

La edición de la *Biblioteca Artigas* es más limitada, más severa, dando al lector sólo una *Antología* en parte coincidente con la de Zum Felde. El lector podrá encontrar en otras ediciones los poemas que no están en esta selección; o hallar, como piedras preciosas, en algunas citas de nuestro Prólogo momentos extraordinarios que resplandecen en diversos poemas que han sido excluidos de la *Antología,* pero en los que siempre surge, viva y original, la expresión del alma intensa, de la inspiración alada, del poderoso genio de esta gran creadora.

Varias ediciones, con prólogos y notas, de la obra de Delmira Agustini; algunas biografías y muchas glosas periodísticas, han intentado dar la imagen de la poetisa y la caracterización de su obra.

La crítica sobre tan delicado tema avanza lentamente. Yo evoco aquí momentos que parecen fundamentales en esa crítica. Es primero el estudio de Alberto Zum Felde recogido en su *Proceso Intelectual del Uruguay,* válido por sí mismo, por sus serios, intrínsecos módulos y además por el definitivo juicio de valor que allí se establece. Ese trabajo se complementa con el Prólogo que Zum Felde ha publicado al frente de *Poesías Completas* de la autora, editada por Losada, ensayo en que el crítico realiza una revisión de la obra, patentizada luego por un primer capítulo — digamos — en que se da rigurosa antología de las composiciones.

Después de reiterar los conceptos que con lucidez expresara a raíz de las primeras lecturas de los poe-

mas, marca con agudeza la doble condición de los mismos: si bien ligados a las circunstancias de la historia literaria de la época, ellos se diferencian notablemente y logran una jerarquía original. Dice Zum Felde: "Si la esencia de su poesía es universal e intemporal —válida en todo lugar y toda época— por cuanto atañe al fondo permanente del alma humana y de la humana realidad — el acento de su expresión, el lenguaje en que tal universalidad tomó forma se relaciona necesariamente con los caracteres propios de la época en que apareció. La obra, como la personalidad misma, aun cuando sean originales en su raíz y perennes en su valor, están condicionadas por los caracteres históricos. Y en tal plano, la poesía de Delmira participa, en mucho, de aquella atmósfera literaria del siglo y de aquel conjunto de elementos que definen una etapa de la cultura". Y después de afirmar que el estado de alma y los caracteres de expresión propios de la literatura post-romántica en el último tercio del siglo XIX —y para América bastante entrado el Novecientos— viven de modo intensísimo en las poesías de Delmira Agustini, como en Ruben Darío y en Herrera y Reissig, afirma: "Pero Delmira —como aquellos maestros de la lírica hispanoamericana, aunque por otros fundamentos, pues que no fue una artífice del verso, como ya comprobamos—, contiene en sí aquella entidad ingénita que es necesaria para sobrevivir y permanecer, cuando los elementos puramente históricos han caducado, en el curso de la inevitable y salvadora renovación; y cuando la mayoría de los escritores y artistas, conformados y limitados por la psicología y el lenguaje de una época dada, han caducado a su vez, marchitos sus valores precarios, por no haber podido arraigar en la

zona profunda de universalidad que no afecta el cambio de los tiempos".

Emilio Oribe, con sensibilidad y penetración de poeta, contempla en *Poética y Plástica* la altura y profundidad de la obra de Delmira Agustini; va al secreto de su alma. Se refiere, con delicadeza e inteligencia, a diversos poemas que glosa de este modo: "Lo creado en estos ejemplos participa de lo que la lírica logra concretar en ciertos predestinados, que, por una modalidad especialísima, adquieren la virtud angélica, doblemente angélica por su claridad y su pureza, que la logran hacer perder las particularidades carnales o humanas de tal mujer o de tal hombre". "El bagaje material de esa poesía es casi nulo; el limo de la carne, especie de pecado original, que trae cada poeta en su destino, se ha transfigurado desde ya, haciéndose luz o música. Hay una voz que canta así en la Edad Media y es aquel joven Dante de los sonetos y canciones. Hay otros que lo superan por momentos y son Keats y Shelley."

Y glosando aquel bello poema *El poeta leva el ancla...* dice todavía: "Se trata de una poesía lírica en su más definida esencia. No es la voz de una mujer, ni la de un hombre: participa de ese carácter angélico, con que vienen revestidas las mejores revelaciones del lirismo. La poesía, de un solo trance de inspiración se ha revelado directamente con una creación que se desvincula de la vestidura humana. Es una imaginada aventura viajera, de carácter alegórico, como es en último término la poesía que la imaginación crea, más allá de los datos de la realidad o de la experiencia interna. El elemento lírico, lo que la imaginación diáfana y difluyente crea, se tiene que apoyar, para perpetuarse, en la idea alegórica, la idea vecina de la

idea pura, que es más poética cuanto más vaga y musical se vaya manifestando".

En tan importante ensayo no se abordan las relaciones de la poesía de Delmira Agustini con los módulos de la época, ni los desniveles de la obra. Pienso que aquellas relaciones son propias de las composiciones de menor entidad. Los poemas de valor definitivo viven en un aire de libertad, de gracia original, que los separa de todo acento común y vulgarizado.

Si bien no es inútil, ni es injusto, marcar esos desniveles, esas zonas de influencia y contaminación; si bien tal ejercicio lleva a separar los poemas inmortales de Delmira, justifica la selección necesaria, destaca los valores originales, en nuestro espíritu queda la frase con que, el ensayista, al estudiar los más intensos y representativos poemas, al glosar aquella *Plegaria* admirable, acota con significativa afirmación: "Para cantar se ha tornado en apolínea", una buena clave para el estudio de estos cantos y de toda alta Poesía.

Esas páginas sutiles contestan categóricamente a todas las limitaciones y equívocos contenidos en la vulgar expresión *poesía femenina,* asomándose al gran misterio de aquellos dobles aspectos de la personalidad que se dan en los grandes seres; el rasgo de la caridad propio de la mujer y el aspecto realmente heroico del hombre, revelados como una doble realidad en los grandes santos y simbolizados en las expresiones de las Letanías Lauretanas cuando equiparan "a la imagen femenina de la "rosa mystica" las imágenes masculinas de "speculum justitiae" y "turris Davidica"... (A propósito, y como cuando pensamos en el alma y los cantos de María Eugenia Vaz Ferreira, vienen a mi recuerdo las ideas fundamentales de Ger-

trude von Lefort expuestas en su libro *La mujer eterna)*.

Desde lejos, concepto paralelo se insinúa en el estudio de Zum Felde, cuando evoca la sensibilidad profundamente femenina de nuestra poetisa —"esencia y símbolo de feminidad ella misma"—, indicando que su verso es al mismo tiempo, "de una virilidad cerebral no alcanzada, tal vez hasta entonces, por ninguna otra poetisa, no siendo Santa Teresa, la sublime doctora"...

En nuestros días han aparecido nuevas notas críticas a tener en cuenta: las que publicara en el pasado año, en la *Página Literaria* que dirige, Arturo Sergio Visca. Afirma en ellas la necesidad de excluir con prudencia y buen gusto el abuso biográfico que despolariza la atención y la lleva a donde no están realmente la autora y sus valores. Si ese abuso biográfico es siempre desorientador e inadecuado, en el caso de Delmira Agustini se da con máximos riesgos. Insiste luego el crítico en los desniveles de la obra, estudiándolos con cautela. Y marca el acento sobre la afirmación difundida de que existe una línea fundamental, metafísica, religiosa, en esta poesía, negándola y sosteniendo la primacía invasora de la línea erótica. Era el criterio de nuestro inolvidable Lauxar. Es evidente que ha habido abuso y desenfoque en la caracterización de Delmira Agustini como poeta de fondo metafísico. Una discriminación de los poemas, e incluso, de los momentos en que ellos fueron creados, un estudio del gradual de lo erótico a través de la obra, tal como se establece en el ensayo de Emilio Oribe, pueden aclarar este punto.

Ante el abuso de la investigación y exhibición biográfica, que arreció en el pasado año con motivo de

conmemorarse un aniversario de la poetisa, en útil y puntualizadora nota titulada "Mito y Biografía de Delmira Agustini", escribe Sergio Visca: —bueno es recordarlo— "Obra y vida se amalgaman confusamente y una y otra pierden sus nítidos contornos. La circunstancia biográfica, entonces, en vez de ayudar a la comprensión y valoración de la obra sólo sirve para enturbiar el juicio crítico".

En sucesivas notas muestra los rasgos de algunos poemas, señala la necesidad de una selección afinada, y marca con sutileza el elemento alegórico, indicando "cómo lo subjetivo se expresa en algunos poemas indirectamente y cómo aparece en tanto que el creador es el personaje de la alegoría".

Este es el personaje magnífico que aparece en los poemas. Es *nuestra* Delmira Agustini.

La condición angélica, el estado apolíneo, el destino extraño, la originalidad esencial, sitúan a la poetisa en un ámbito irreal de soledad que la diferencia, la aisla, le confiere un carácter.

La soledad se liga al misterio de su canto; se constituye en un valor.

En esa soledad se encuentran los elementos originales, personales, trascendentes, que separan a su poesía de los acentos de la época y que separan a su ser de toda pesadez común.

En esa soledad nace y crece su estilo.

La soledad de Delmira Agustini llega a sus poemas y se da en ellos como pureza estética despojada de todo rasgo anecdótico. En la documentación abrumadora con que alguna vez se quiere darnos su personalidad, los elementos anecdóticos llaman a la puerta de nuestra atención y nos llevan a pensar en una criatura ligada al mal gusto de una época y de un am-

biente pequeño burgués, sórdido y vulgar. Nada de eso en sus fundamentales poemas; salvo alguna vez en que fugazmente aparece algún elemento decorativo, que le empequeñece el verso, o algún elemento fantástico convencional ya alejado de su profundo ser originalísimo. todos los ámbitos de la poetisa son ámbitos singulares, transfigurados, absolutamente desligados de la vida cotidiana.

Y así ella misma, en su iconografía esencial: como la da Raúl Montero Bustamante en la edición oficial de la obra, que prologó, al recordarla en una visita, llevando sus primeros cantos: ajena al sitio, lejana, irreal. Así podemos verla en el bello retrato, fotografía del pintor Carlos Castellanos, al frente del libro *Los Cálices Vacíos.*

Lejanos los ojos; lejana la actitud; y hasta lejanos el encaje y el abanico que entran en la composición.

Delmira crea una realidad, un medio en el que vive y sueña y canta. Su imaginación original y rica construye ese ámbito nuevo y misterioso: su verdadero Reino.

Ya en *El Poeta y la diosa* la línea narrativa, primaria, se cruza con elementos extraños, que contrastan con alguna palabra vulgar o con alguna imagen convencional. Después el ámbito se hace más y más profundo, oscuro y pleno de calidades. Desde aquel poema idílico, inolvidable:

La tienda de la noche se ha rasgado hacia Oriente.

....

...Tu amor tienta, es la gruta
afelpada de musgo, el arroyo, la fruta
la deleitosa fruta madura a toda miel.

....

En *Mis ídolos* se da, de modo expreso, la transición, el paso hacia lo extraño, hacia lo transfigurado. Después de varias estrofas en que enumera y caracteriza sus ídolos, llega a decir de un dios nuevo y victorioso...

...que reinó, simple y fuerte,
en la belleza austera del templo de lo raro,
donde todo vivía como herido de muerte.
....

El acento de lo circunstancial se apoya muchas veces sobre los versos en que elementos descriptivos o narrativos sustituyen el vuelo poético. Así en *El poeta leva el ancla, Mis ídolos, Tres pétalos de tu perfil.* O en aquel poema *Con tu retrato* en que irrumpen, sobre líneas en que asoman los riesgos de una descripción, expresiones inesperadas y vivas que invaden el retrato evocado:

Nubes humanas, rayos sobrehumanos,

Y aquél:

Por eso, toda en llamas, yo desato
cabellos y alma para tu retrato...

que al fin se borra y trueca sus rasgos misteriosamente, cuando el verso canta:

...Queda en mis manos
una gran mancha lívida y sombría...
Y renaces en mi melancolía
formado de astros fríos y lejanos!

Esta inclinación del poema hacia una vaguedad que contrasta con las alusiones precisas y la plasticidad de las imágenes, se da muchas veces en estos versos. En el poema citado enriquece la composición, desdibu-

jando con delicadeza y gracia el trazo general, quizá demasiado concreto, de los primeros versos. Es ella misma quien irrumpe, llevándose todo lo que pueda tener trazos convencionales. Otras veces la irrupción es un cambio de rima, de metro, de ritmos:

> Emperatriz sombría,
> si un día,
> herido de un capricho misterioso y aciago,
> yo llegara a tu torre sombría

O en el poema *Las alas*, de cambiantes metros, interrogaciones, exclamaciones, dudas, y al fin dos versos en que se desata todo el inquieto ir y venir de imágenes, según metro y rima inesperados. El poema se sostiene por rara virtud que los estilistas han de estudiar. Y si todo es en él afirmativo y definidor, los dos últimos versos, sin que sufra la forma, expresan, por una imagen bien concreta, la vaguedad del sueño:

> Y no siento mis alas!. .
> Mis alas?...
> —Yo las *vi* deshacerse entre mis brazos..
> ¡Era como un deshielo!

En *Visión* después de dar una presencia muy concreta según abundantes imágenes, cuya intensidad en muchos momentos salva el posible riesgo de la narración, hacia el fin del poema, en la última estrofa, y también subrayado por un sorpresivo cambio de metro, la presencia se esconde misteriosamente, en plena libertad del verso:

> Y cuando,
> te abrí los ojos como un alma, y vi
> que te hacías atrás y te envolvías
> en yo no sé que pliegue inmenso de la sombra!

Transición semejante en el poema inicial de *El Libro Blanco,* titulado *El poeta leva el ancla.* Se afirma el trance del poeta, su partida por un bello mar, en una fantástica barca de vela azul, de ancla de oro, de proa alegre. Unas exclamaciones jóvenes irrumpen en medio de las estrofas en que insistentes toques de la imaginación amortiguan el riesgo de lo descriptivo.

Partamos, musa mía!
....

Y luego:

El momento supremo!... Yo me estremezco; acaso
sueño lo que me aguarda en los mundos no vistos?

Y ya es el paso hacia una sorpresiva expresión final, fuerte y dominadora en todo el poema, que se resuelve de modo inesperado, dibujando la presencia de quien canta, sobre las imágenes casi ya extinguidas, de las primeras estrofas:

Tal vez un fresco ramo de laureles fragantes,
el toisón reluciente, el cetro de diamantes,
el naufragio o la eterna corona de los Cristos?

El modo se da en varios poemas intensos; y el contraste entre versos sostenidos y declinación final que no quebranta el orden entero es singular. En el ensayo antes citado, Emilio Oribe alude alguna vez a esta vaguedad vinculándola con la estética simbolista. Curioso ejemplo aparece en el poema *Ofrendando el libro* de *Los Cálices Vacíos;* cuatro firmes estrofas en las que hay hasta un elemento de simetría en la palabra inicial del primer verso de cada estrofa:

Porque haces tu can de la leona
....

Porque tu cuerpo es la raíz, el lazo
....
Porque emerge en tu mano bella y fuerte,
....
Porque sobre el Espacio te diviso,
....

Y después de las cuatro estrofas, en que sigue a estos versos iniciales una caracterización de Eros, un verso final, suelto, unido a la anterior estrofa por metro y rima, e incluso, por el sentido del verso inmediatamente anterior:

Comunicando infierno y paraíso

pero separado al fin, destacado con fuerza, tanto en el sentido como en los elementos sonoros:

—Con alma fúlgida y carne sombría...

claro y oscuro final del poema.

Y ya lejos de insistentes y desbordadas imágenes, canta aquí la soledad.

La soledad que pone luz y sombra en sus imágenes y símbolos, está cantada por Delmira Agustini y buscada por ella para todos los trances de su vida. Así, por ejemplo, para los trances del amor humano, de manera explícita, en el poema *Intima,* en que dice con lúcidos versos el apacible encuentro:

En el silencio de la noche mi alma
llega a la tuya como a un gran espejo,

Junto a la máxima tensión de:

. amor que quiere
vida imposible, vida sobrehumana,
tú que sabes si pesan, si consumen
alma y sueños de olimpo en carne humana.

Y se reitera, hacia el fin del poema, la inclinación a la soledad. la huida del mundo:

Ah! tú sabrás mi amor, mas vamos lejos
a través de la noche florecida;
acá lo humano asusta, acá se oye,
se ve, se siente sin cesar la vida

Vamos más lejos en la noche, vamos
donde ni un eco repercuta en mí,
como una flor nocturna allá en la sombra
yo abriré dulcemente para tí.

La soledad original característica de Delmira Agustini es la soledad de su trance poético; la de la criatura original, nacida en una isla que no se puebla. A pesar del aire de época que se acerca a su biografía y que algunas veces irrumpe en las crónicas y en la documentación, y hasta —como se ha señalado por la crítica—, en muchos poemas de menor valor. Pero su gran poesía no entra en diálogo con su tiempo. Se han señalado concomitancias, influencias, relaciones: con Herrera y Reissig, con Vasseur, con Lugones, con Darío... Son relaciones aparentes. superficiales. Diríamos que tanto en lo formal como en lo profundo —que siempre sustenta a lo formal— esas relaciones no son fundamentales. Las palabras e imágenes que pueden encontrarse en Delmira y en los poemas señalados, tienen en Delmira otros contextos. otros sentidos, otros valores.

Bastaría comparar con cautela la palabra *Cisne* en Darío y la palabra *Cisne* en Delmira para percibir esas distancias y diferencias. Bastaría considerar cómo ella está lejos del pintoresquismo y del esteticismo que se dan en diversas zonas de la obra de Herrera y Reissig, para separar a los dos creadores y sostener

una vez más la libertad de Delmira con respecto a tales influencias, a pesar de lo que pueda percibirse en las zonas menos importantes de la obra, caracterizadas por cierta falta de rigor en cuanto a la sobriedad, sobre todo en cuanto a la selección de las imágenes o al abuso retórico.

La originalidad de Delmira Agustini queda, a pesar de todo, victoriosa. Carlos Vaz Ferreira — sutil sentidor de Arte, lector en profundidad según se nos dio luego en sus inolvidables lecturas de Nietzsche de Tolstoi, de Proust... — destacó ante *El Libro Blanco* ese valor único, personal, que separa a Delmira de los poetas de su tiempo. Y dijo en una carta admirable: "Su poesía está pensada y sentida en *profundidad*, lo que es un poco difícil de explicar, hay un tipo de arte cuyas manifestaciones se agotan en la primera percepción: y otro tipo de arte que se puede ahondar. La poesía de Ud. tiene, en un grado excepcional, esta cualidad, y, en las sucesivas lecturas, se va enriqueciendo con una armonía profunda de resonancias intelectuales y afectivas. Siempre he creido que éste es el tipo más elevado de arte..."

Antes de tal afirmación ha marcado, con cautela y claridad, algunas declinaciones de la forma: y, sobre todo, el que "la versificación no sea muy severa". Con aquella penetración de gran pedagogo dice: "Pero Ud. corregirá eso cuando le parezca, o no lo corregirá, si ello estorba a su temperamento o si un esfuerzo en tal sentido hubiera de costarle aunque fuera la más leve porción de su expresión personal o de su franca y fuerte espontaneidad". Tal pasaje, como aquel en que se refiere a las influencias que el artista recibe, es como toda la carta una fundamental lección válida en todo tiempo y circunstancia. Ella se hace definitiva

cuando el Maestro Vaz Ferreira afirma: "Entre los caracteres sorprendentes de su libro, tal vez lo sea más que todos, éste: *que Ud. no imita en absoluto*".

Y eran los días en que aquel apasionado y agudo definidor que se llamó Rafael Barret afirmaba: "Delmira Agustini no copia ni imita: crea".

Hay, pues, una distancia entre su poesía y su tiempo. Como la hay, —quizá aún más dilatada y esencial— entre la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira y su tiempo. Todavía, María Eugenia más solitaria: con el vuelo del alma en la más abstracta zona de la Belleza:

Oh Belleza, que tú seas bendita
ya que eres absolutamente pura,
ya que eres inviolada.
límpida, firme, sana e impoluta.
....
Eres inaccesible,
eres pasiva y sola,
sencilla y sobrehumana;
no inspiras, no padeces
el dominio imperial de la materia
ni la sensible turbación del alma .

El proceso de madurez, el milagro del Tiempo — "la labor del minuto y el prodigio del año" de Darío: — que pudo darse en María Eugenia y que no sabemos si hubiera elaborado canto, tiempo y alma en Delmira Agustini, aparece en *La Isla de los Cánticos* como una liberación hacia la soledad final.

Tal liberación con respecto al medio y a la época puede ser considerada como un valor, aunque actualmente cierta crítica considere como importantes los

nexos de la obra con todo lo que del mundo rodea al poeta: la circunstancia vital, sociológica, política, etc. Raros son los casos —raros y eminentes— en que esa conexión agrega valor, coincide con la expresión profunda del ser del autor, con su originalidad y sus calidades. Una relación de intensidad, de fuerza viva, sostenida en valores estéticos universales es la condición necesaria para que el diálogo con ambiente y época no turbe la necesaria soledad, la fuente original que sitúa a los cantos más allá del Tiempo.

María Eugenia Vaz Ferreira dijo su amor de la soledad en melodiosos versos que cantaban en un aire de serenata:

¿A quién amará?
novio de la soledad!
Después de este amor supremo
¿a quién amará?

Más tarde en graves versos dijo una soledad de más allá:

Jugando a cunas y tumbas
estaba la Soledad.

Y Delmira, que está más acá de esa soledad dice en el poema *Un alma* algo así como su ser en medio de todo lo cósmico, contemplado por ella con "astral indiferencia".

Más acá de la soledad abstracta de María Eugenia Vaz Ferreira, ¿qué son, en Delmira esos extraños cielos "afelpados de sombras o dorados de soles"; esos "ceños de los reconcentrados horizontes" "los deshielos de las nubes"; los huracanes ante los cuales ella se ve "arropada en el manto pálido y torrencial" de su melancolía?

Lo que en *La Isla de los Cánticos* se da por vía directa, idílica, como amor de la soledad o luego como "amor supremo" por vía misteriosa, metafísica, al evocar la soledad, en Delmira se señala en medio de unos elementos tan extraños que, a pesar de su carácter y de sus alusiones, no configuran un paisaje. También aquí asoma una realidad misteriosamente trascendida, que ya nos aleja de los cielos, horizontes y nubes desheladas como las que nuestros ojos han podido registrar en su maravillosa experiencia de ver.

¿Qué horizontes; qué nubes; qué relámpagos; qué huracanes?... El título del poema sitúa quizá el nuevo registro, el nuevo ámbito: *Un alma.*

La huida de la realidad, tan señalada como elemento característico en los poetas románticos, se señala en Delmira como un ensimismamiento ante las poderosas fuerzas evocadas en *Un alma.* Otras veces, cuando asoman a los cantos elementos descriptivos, circunstanciales, ella insiste en el contraste, en el claro oscuro, en el contrapunto: la vida íntima resplandece frente a la nota exterior; y una comparación o una imagen poética vienen a enriquecer o a transfigurar la realidad:

Fuera la noche en veste de tragedia solloza
como una enorme viuda pegada a mis cristales.
. . . .
Mi cuarto es una gruta de oro y gemas raras.
. . . .
Hay noches negras, negras, que llevan en la frente
una rosa de sol...

Otras veces esa huida se da con elementos que recuerdan más directamente la realidad:

> Yo vivía en la torre inclinada
> de la Melancolía...
> Las arañas del tedio, las arañas más grises,
> en silencio y en gris tejían y tejían.

Se puebla esta torre con elementos que tienen una vida real y que luego se transfiguran según alegórico sentido:

> ¡Oh la húmeda torre!...
> Llena de la presencia
> siniestra de un gran buho
> como un alma en pena;
>
> Tan mudo que el Silencio de la torre es dos veces,
> tan triste, que sin verlo nos da frío la inmensa
> sombra de su tristeza.

Este don de ver en las cosas, a través de su apariencia, su trascendencia, su poesia honda y viva, su relación con alma y destino, el mundo transfigurado, real e ideal, determina el valor eminente de Delmira Agustini y testimonia su poder como poeta perdurable.

Ella misma, ante el misterioso proceso de transfiguración, de fuga, de entrada en un ámbito ideal, *no sabe* y se hunde en "una rara ceguera luminosa".

En la primera estrofa de este extraño poema *Ceguera,* clave oscura, clave sin clave, dice su misterioso estado poético.

El primer verso es decisivo, con sus dos adjetivos definidores: "Me abismo en una rara ceguera luminosa", que no logran, a pesar de ser tan enriquecedores, aclarar el misterio del poema. Y antes de la pregunta de los dos versos finales, —pregunta que se acerca al

riesgo de vulgar y que victoriosamente lo vence — asoma una declaración misteriosa, más aún que la del primer verso:

Un astro, casi un alma, me ha velado la Vida.

En la segunda estrofa, rompiendo la regularidad métrica con libertad y señorío, manteniendo un rigor de estructura, vuelve a reiterar los calificativos: "rara ceguera"; "rara ceguera que me borras el mundo"; y en fin con una variante sobre la misteriosa acción:

Estrella, casi alma, con que asciendo o me hundo
dame tu luz y vélame eternamente el mundo!

Otra vez, en el poema *La ruptura* encuentra su imagen, la verdad de su ser:

. Con calma
curiosidad mi espíritu se asoma a su laguna
interior, y el cristal de las aguas dormidas,
refleja un dios o un monstruo, enmascarado en una
esfinge tenebrosa suspensa de otras vidas.

Podría afirmarse que la mejor poesía de Delmira Agustini queda encerrada en un misterio, un misterio de Arte que le confiere gran entidad. Y que la vida y alma de la autora quedan también en su misterio, a pesar de las abusivas crónicas, de los documentos biográficos y de todos los intentos de la crítica biográfica y de la crítica psicológica.

El simbolismo de su ser y el simbolismo de su obra se hacen herméticos. En los poemas se conciertan con los símbolos poéticos, que son allí "la expresión perceptible de una realidad invisible".

Muchas veces se ha hablado de una mística o una metafísica en esta poesía hermética y a la vez desen-

vuelta como una cinta de música. Sólo nos parece posible la afirmación si se refiere al valor simbólico que en ella se advierte casi a cada paso: es decir, a un valor que desborda los límites de lo psicológico, o biológico, histórico o social; a un valor que se da, repetimos, como "expresión perceptible de una realidad invisible", "como significado metafísico del portador". "El portador puede no estar a su nivel, pero por ello el símbolo no decae."

En casi todos los poemas de Delmira Agustini asoma ese aspecto cósmico metafísico de la mujer, "de lo femenino como misterio".

No tendría ella la conciencia de su poder simbólico; aquella conciencia grave que se revela en la imponente frase de Goethe, cuando éste afirma el grado simbólico de su existencia. La intensidad pasional de Delmira invadía todos los ámbitos de su ser, no, seguramente a la manera de la invasión individualista que ya aparece en los signos femeninos de la época, caracterizada por un lamentable acontecer cuyo signo puede definirse hoy así: "en donde la mujer se quiere a sí misma allí se esfuma el misterio metafísico".

Ella invadía los ámbitos de su ser según la más ardiente vida en Poesía y en Misterio:

> Me abismo en una rara ceguera luminosa
> ....
> ¡Así tendida soy un surco ardiente,
> donde puede nutrirse la simiente,
> de otra Estirpe sublimemente loca!
> . . . .
> Yo soy el cisne errante de los sangrientos rastros,
> voy manchando los lagos y remontando el vuelo.

Estas alusiones en las que la poetisa da su ser a través de misteriosas imágenes de gran valor, se comple-

mentan con otras expresiones confesionales más directas:

Yo vivía en la torre inclinada
de la Melancolía...
....
Mi templo está allá lejos, tras de la selva huraña.
Allá salvaje y triste mi altar es la montaña ..

O cuando dice en relación con su obra: *(Mi Musa, Rebeldía, La Musa Triste)* o en los exultantes poemas, tales como *¡Vida!:*

Vengo a tí en mi deseo,
como en mil devorantes abismos, toda abierta
el alma incontenible...
Y me lo ofreces todo! .
Los mares misteriosos florecidos en mundos,
los cielos misteriosos florecidos en astros,
Los astros y los mundos!
...Y las constelaciones de espíritu suspensas
entre mundos y astros...
.. Y los sueños que viven más allá de los astros,
más acá de los mundos..."

versos en los que al fin desborda el alma hacia lo lejano, lo cósmico.

Y todavía, lo confesional, en los poemas de amor más ligados a la referencia anecdótica, como *Intima, Visión, Amor, Explosión, Mis ídolos...*

Entre esas imágenes que da de sí misma aparece alguna vez Delmira frente al misterio cristiano, en poemas que me parecen más circunstanciales y quizá artificiosos: es *Noche de Reyes* y *A una Cruz.* En éste, que aparece en *Cantos de la Mañana* con el subtítulo Ex Voto, hay la visión de una cruz que se levanta en un paisaje nocturno. Comienza con una invocación en la que se refiere al don de la Cruz:

Pareces bendecir la tierra entera
y atarla al cielo como un férreo lazo! ..

Y sigue la adjetivación: puerto de luz, férreo lazo que ata al cielo con la tierra...; y luego el paisaje nocturno, cuyo acento retórico se interrumpe a veces con una expresión significativa y valiosa:

La Luna alzaba dulce, dulcemente
el velo blanco, blanco y transparente
de prometida del Misterio; el Cielo
estaba vivo como un alma! ...el velo,
el velo blanco y temblador crecía
como una blanca y tembladora nata...

En un gradual de intensidades aparecen versos más valederos:

Fue un abismo de luz cada segundo,
el límpido silencio se creería
¡la voz de Dios que se explicara al Mundo!...

Hasta darnos lo suyo:

Como cayó en tus brazos mi alma herida
por todo el Mal y todo el Bien; mi alma
un fruto milagroso de la Vida
forjado a sol y madurado en sombra,
acogíase a tí como a una palma
de luz en el desierto de la Sombra!...

No en razón de sus valores, sino por el tema y por el estado de alma que allí se da evocamos esta composición. Así como otras a que nos hemos referido, que dan lo confesional de Delmira Agustini en primeros planos, aunque siempre resplandece, súbitamente, entre los desniveles o el declinar retórico, un fuerte

toque de Poesía y de Alma que nos conmueve y nos jerarquiza:

> Acogíase a tí como a una palma
> de luz en el desierto de la Sombra!. .

De allí volvemos a las libres, misteriosas y originalísimas expresiones en que da, sin quebrantar el misterio, la esencia de su ser simbólico:

> Yo soy el cisne errante de los sangrientos rastros,
> voy manchando los lagos y remontando el vuelo.

o en su *Ceguera:*

> Me abismo en una rara ceguera luminosa

o en aquel pasaje de *El Rosario de Eros:*

> Lejos como en la muerte
> siento arder una vida vuelta siempre hacia mí,
> fuego lento hecho ojos insomnes, más que fuerte
> si de su allá insondable dora todo mi aquí.
> Sobre tierras y mares su horizonte es mi ceño,
> como un cisne sonámbulo duerme sobre mi sueño
> y es su paso velado de distancia y reproche
> el seguimiento dulce de los perros sin dueño
> que han roído ya el hambre, la tristeza y la noche
> y arrastran su cadena de misterio y ensueño.
>
> Amor de luz, un río
> que es el camino de cristal del Bien.
> ¡Tú me lo dés, Dios mío!

Así como en el Ex Voto *A una Cruz* se mantiene en su carácter el símbolo de la cruz y hasta el estado de alma — a pesar de su acento circunstancial —, aquí aparece como retórico el título del poema, que se salva por su buena eufonía y por la sorpresiva ágil y rápida asociación de los dos términos. Pero se pa-

dece este arrancar a una palabra de su tradicional y santo linaje. Los subtítulos que siguen destacan el artificio retórico (Cuentas de mármol; Cuentas de fuego; Cuentas de luz; Cuentas falsas) aunque a pesar del artificio la estructura de los versos, la originalidad de la imagen, y la pasión intensa del ser confieren al Poema una categoría innegable.

Y es otra vez esta ansiedad de expresión que ya dijo en *Lo inefable* y que en *Mi plinto* golpea con insistencia en un clamor reiterado, tan sentido y fuerte, a través de los imperativos violentos, a través del verbo en acción, que las palabras duras — labrad, creced... — se hacen ágiles y mueven al verso. Aquí, como en otros poemas de Delmira Agustini "las formas que pesan y las formas que vuelan" resplandecen en la composición, como en el sueño arrebatado y en las firmes estructuras plásticas del Greco.

En un gradual se intercalan las simétricas estrofas:

Labrad, labrad, ¡oh, manos!
Creced, creced, ¡oh, piedras!
Ya me embriaga un glorioso
aliento de palmeras.

Labrad, labrad, ¡oh, manos!
Creced, creced, ¡oh, piedras!
Ya me abrazan los brazos
del viento de la sierra.

....

Labrad, labrad, ¡oh, manos!
Creced, creced, ¡oh, piedras!
¡Ya siento una celeste
serenidad de estrella!

¿Qué busca, con una tensión ardiente que no quebranta sus límites formales? ¿Hacia qué honduras del Amor y la Muerte va este paso cantante y solitario?

Yo iba sola al Misterio bajo un sol de locura.

¿Qué es esa *Barca Milagrosa,* con "prora de centella", movida por "el gran ritmo de un corazón sangriento de vida sobrehumana?" Las indicaciones, plenas de gracia poética y de musicalidad, no aclaran el misterio:

La cargaré de toda mi tristeza, y, sin rumbo,
iré como la rota corola de un nelumbo,
por sobre el horizonte líquido de la mar. .

Y ella sigue sosteniendo, entre palabras e imágenes concretas e indefinidas alusiones, tensión, misterio, melodía y orden formal.

Barca, alma hermana; hacia qué tierras nunca vistas,
de hondas revelaciones, de cosas imprevistas
iremos?... Yo ya muero de vivir y soñar...

Alguna vez es más claro el sentido. Cuando, por ejemplo, dice la angustia por la expresión en *Lo inefable.* En todos esos poemas vive con ardiente pulso el deseo de pasar sus límites, de trascender su ser simbólico.

Quizá más que en ninguno de los cantos en aquel en que nos dice de:

Otra estirpe sublimemente loca.

¿Sabe ella qué es esta estirpe? ¿Podemos saberlo nosotros? ¿Podemos saber el sentido de su poema *Fiera de Amor?...*

Y este angustioso no saber, este misterio sostenido y entero es paralelo a la fuerza expresiva, adecuada para decir tal angustia, para despertar tal angustia, según el poderío singular de la autora sobre sus medios.

De ese poderío hay muchos signos en la obra de Delmira Agustini. Desde la tensión a que nos referimos y la victoriosa estructura formal que esa tensión no rompe, la adecuación de los medios resplandece en todos los poemas y puede estudiarse con goce estético o en riguroso ejercicio aleccionador. Y es, por ejemplo, cuando la autora logra dar la lejanía, la perspectiva de Arte necesaria, y hasta la dimensión del tiempo en aquella evocación de un alma dócil, de *Los relicarios dulces:*

Hace tiempo, algún alma ya borrada fue mía .
....

El metro, en primer término, y luego todos los valores sonoros, se sitúan en niveles de una adecuación misteriosa, que agrega a la explícita confesión elementos bellos en sí, y además intensamente sugeridores. Tal adecuación de los medios del verso nos recuerda alguna vez a la adecuación estricta, en particular la del metro, que Darío utiliza para dar sensación de pasado y de dilatado espacio en *Allá lejos.*

Y volvemos a asombrarnos del valor de los medios estíliscos en Delmira Agustini, cuando además de la adecuación percibimos la victoria de la forma en los trances violentos del ser. La angustia no turba el orden de la composición. La lucidez más viva rige la forma, se mantiene a través del vuelo, del pasaje abismal, de las más sombrías zonas psicológicas, reveladas según líneas que no se turban; según palabras e imágenes que no se desdibujan. Ejemplo notable encontramos en *Las estatuas* o en *Plegaria.* Son ejemplos singulares, por todo lo que en ellos hay de forma escultórica, de evocación escultórica, de estirpe parnasiana. Pero también se da el milagro de la victoria formal en las

composiciones de dominante línea musical, ligadas a la estética simbolista. Como en los hermosos versos con que comienza un poema sometido luego a declinación pero siempre recordado con encanto:

> Sobre el mar que los cielos del Ensueño retrata
> alza mi torre azul su capitel de plata
> ....

Paralelo al simbolismo de su ser corre el simbolismo original y logrado, en doble luz y sombra, en velo y desnudez y —siempre— en misterio radiante...

A veces la comparación se sitúa en un plan de más claridad, de concepciones más ligadas a lo normal, habitual:

> Preparadme una barca como un gran pensamiento ..
> . . ..

Todo parece aquí fácil, apacible, directo; hasta la intención inocente de denominar la barca con nombres casi familiares. Pero súbitamente, el dibujo claro, los límites precisos se tornan nuevo símbolo, nueva imagen de oscuro destino:

> Iré como la rota corola de un nelumbo,

Y los oscuros versos que siguen...

Esta transición súbita y sorprendente aparece en muchos poemas: por ejemplo: *A tus manos, Tu retrato,* y les confiere trascendencia y valor. A veces es un adjetivo inesperado el elemento que irrumpe:

> Amor, la noche estaba trágica y sollozante

Sí, la noche trágica; la noche sollozante; el amor, una mancha de luz y de frescura; los ojos de diamante... ¿Qué noche es esta tan extrañamente definida,

y tan misteriosa e indefinida? Podría ser como aquella "noche de todas las noches del año" que canta Poe con expresión en que la vaguedad no nos traba para distinguir tal noche y oscuramente — sólo oscuramente saberla.

> Amor, la noche estaba trágica y sollozante

Esta relación entre misterio y forma, entre simbolismo del ser y medios estilísticos, se vinculan a la presencia, en el proceso de Arte, de todo el mundo psicológico del creador. Mundo cada vez concebido en más amplitud según la afirmación de que existe una psicología profunda, que el psicoanálisis investiga, y una "psicología de las alturas": la sobreconciencia.

De la psicología profunda, de los repliegues más oscuros e indefinidos del sueño, nos lleva el poeta a una nítida luz, que seguramente se vincula con su sobreconciencia. Entre esas zonas se realiza la creación artística y adquiere su totalidad, expresando, al fin, el grado pleno del carácter simbólico de la persona creadora; su significación en el Arte y en la Vida.

Hasta que "psicología profunda" y "psicología de altura" no se separan. Todo límite queda borrado, y ya su *Ceguera* es la nuestra:

> Me abismo en una rara ceguera luminosa

Verso en que el calificativo agrega una intensidad y una riqueza inapreciables; y otra vez el misterio de la creación se levanta para envolvernos en una atmósfera absolutamente ideal, lejos de toda la realidad, más allá de los medios estilísticos.

> No sé...
> Rara ceguera que me borras el mundo,
> estrella, casi alma, con que asciendo o me hundo:
> dame tu luz y vélame eternamente el mundo!

En indecible trance que apenas se señala como un atisbo de lo sobrenatural en la zona en que lo sobreconciente se da a su último vuelo:

> Dame tu luz y vélame eternamente el mundo!

Verso con el que se cierra esta *Antología.*

Pueden estudiarse en estos poemas los rasgos estilísticos. las relaciones con las diversas escuelas: la presencia de las facultades del ser en el lenguaje y en los temas; la originalidad de las imágenes.

El sentimiento, el impulso erótico. las ideas, las sensaciones se dan con una intensidad que llega a veces a la violencia. Y esa violencia los lleva a una entidad que está fuera de lo real, en un oscuro registro en que lo sobrehumano se expresa con adecuados, originales medios. entre los que cuentan sobre todo la imagen, la alegoría, el símbolo.

La Muerte y el Amor aparecen juntos en su poesía, muchas veces de modo explícito, como en su ofrenda a Eros en el comienzo de *Los Cálices Vacíos:*

> Porque emerge en tu mano bella y fuerte
> ....
> El más embriagador lis de la Muerte.

Amor y Muerte se ciernen como una sola nube radiante y sombría en aquel momento de su boda, cuando una voz pide al oficiante que una bien a esos dos seres. de modo tal que queden unidos hasta la Muerte... Nube sombría en su último atardecer de la tierra. cuando el Amor y la Muerte se llevan, desde el abandonado tiempo, a las dos criaturas, hasta un mis-

terioso tiempo sin tiempo, en que la misericordia divina los mirará...

Esta doble presencia de los dos temas —Amor y Muerte— se relaciona con la tendencia romántica a tal asociación; pero va más allá; se abisma en un clima metafísico en que la Muerte y el Amor están sentidos y cantados en niveles de trascendencia inaudita.

Todos los rasgos de la sensibilidad y del sentimiento llegan a esos niveles, y es sobre todo la imagen la que les confiere tal trascendencia, aunque todos los medios estéticos convergen en el proceso de creación de los poemas.

De ese asomarse a las misteriosas simas, al abismal misterio, proceden los acentos de la angustia en esta poesía, así como en la de María Eugenia Vaz Ferreira. Error fue atribuir a ésta una relación de la angustia con el pensamiento, tal como una vez se ha planteado.

En la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira, como en la de Delmira, no hay ideas, por lo menos de un modo dominante. En alguna composición dice Delmira, asomándose al cruel riesgo que significa la expresión de las ideas para la Poesía, algo que piensa sobre temas diversos próximos a su vida y obra. En *Rebelión,* por ejemplo:

> La rima es el tirano empurpurado,

Quiere decirnos algo así como su teoría poética y nos recuerda algún ejemplo insigne— Verlaine en *Arte Poética*...

El elemento intelectual que podemos encontrar en esta obra como en toda gran Poesía, es *la idea de composición,* "la más musical de las ideas", que dijo

Schiller. Y es poderosa en Delmira, asegurando la estructura del verso en todos los trances, en todas las tensiones inauditas de su experiencia.

Y ella misma en su nota "Al lector", sobre *Los Astros del Abismo,* establece, como criterio de valoración, que sus libros "han sido sinceros y poco meditados" — incurriendo quizá en una "falacia de falsa oposición" — y que "Los cálices vacíos"... constituyen el más sincero, el menos meditado y el más querido"... Quizá huella de la tendencia romántica hacia una valorización de lo expontáneo, superada en nuestra época por la bella exigencia de Juan Ramón Jiménez: "Lo expontáneo sometido a lo consciente: es el solo Arte".

Delmira Agustini tiende a la expresión del ser desnudo. Dice de sí y queda un secreto: el misterio de su ser ligado a un destino extraño.

Ni la documentación profusa; ni la confesión en los poemas; ni la "sinceridad" a que ella misma alude en su breve nota; ni la crónica urgadora de anécdotas; ni la iconografía expresiva han llegado a develar ese misterio, signo verdadero de su alta Poesía. El asoma alguna vez en los poemas: una imagen concreta y resplandeciente; un melodioso acierto en que se dan — ya como en los simbolistas — equivalentes entre la realidad íntima y los valores sonoros del lenguaje. Asoma sí, con una intuitiva cautela o un paso trabado. Pero luego se nos esconde. Y quedamos otra vez en el umbral del alma de Delmira Agustini, cuya vida y cuya muerte son secretas, como secreto es, en última instancia, su verso, a pesar de las zonas de tan sincera entrega, verso que se somete a los rigores de un Arte cuyo poder — en los mejores momentos

mágicos — de este libro, construye, limita, dibuja, canta con seguro acento.

Como el poeta ciego de la gran tradición, como el poeta ciego del inmortal diálogo platónico, ella sigue cantándonos misterio y noche:

> No sé
> Rara ceguera que me borras el mundo,
> estrella, casi alma, con que asciendo o me hundo:
> dame tu luz y vélame eternamente el mundo!

Recuerdo ahora un diálogo matinal con Giovanni Papini, en su casa, al pie de una colina romana. Era un diálogo inútil, entre dos personas que jamás podrían entenderse. En cierto momento él me habló de la "poesía femenina" con una acento despectivo que estaba muy en su modo. Inútiles mis protestas sobre tal caracterización de la Poesía... Luego, desde Ravena, sin poder librarme del malestar de tales desentendidos, junto a la silenciosa y bien custodiada tumba del Dante, le escribí discutiendo los diversos puntos oscuros del diálogo.

Y entre otras cosas le decía que —previo el rechazo de la expresión "poesía femenina"— en mi país algunas mujeres habían escrito poemas dignos de resplandecer en las mejores antologías del mundo.

Pensaba entonces, insistentemente, en algunos versos de Delmira Agustini. Sigo pensando así ante la selección que en este libro se da.

Esther de Cáceres.

DELMIRA AGUSTINI

Nace en Montevideo el 24 de octubre de 1886, hija de Santiago Agustini, uruguayo descendiente de corsos franceses, y de María Murtfeldt, argentina de ascendencia alemana y francesa, siendo bautizada en la Catedral de la misma ciudad.

No cursa estudios regulares, recibiendo su instrucción de sus propios familiares y de maestros privados. Su padre la inicia en la pintura asistiendo luego al taller de Domingo Laporte. El idioma francés lo estudia con Mlle. Magdalaine Cassy y más tarde con Constant Willems. El piano con la Sra María Sansevé de Roldós, Mme. Bemporat y finalmente el Prof. Martín López

Ordenada y apacible transcurre gran parte de su existencia, rodeada de un gran número de amigas y amigos, entre los cuales figuran: María Amalia Ramírez de Blixen, Delmira Triaca de Conrado, María Eugenia Vaz Ferreira, André Giot de Badet, Alberto Zum Felde y Roberto de las Carreras.

Muy tempranamente compone sus primeras poesías y luego, en 1902, comienza a publicar en revistas y periódicos nacionales y extranjeros, tales como "Rojo y Blanco". "La Petite Revue", "La Alborada", "Apolo", "Bohemia", "El Hispano Americano", "La Semana", "La Razón", "Fray Mocho", "Caras y Caretas" y otros, trabajos en prosa y verso. En 1907, se edita su primer libro de poesías, *El libro blanco*, Montevideo, O M. Bertani, más tarde *Cantos de la mañana*, Montevideo, O. M. Bertani, 1910 y finalmente *Los cálices vacíos*, Montevideo, O. M. Bertani, 1913. Deja en preparación *Los astros del abismo*.

Contrae matrimonio con Enrique Job Reyes el 14 de agosto de 1913, de quien se separa al poco tiempo iniciando trámites de divorcio. El 6 de julio de 1914 fallece trágicamente en Montevideo.

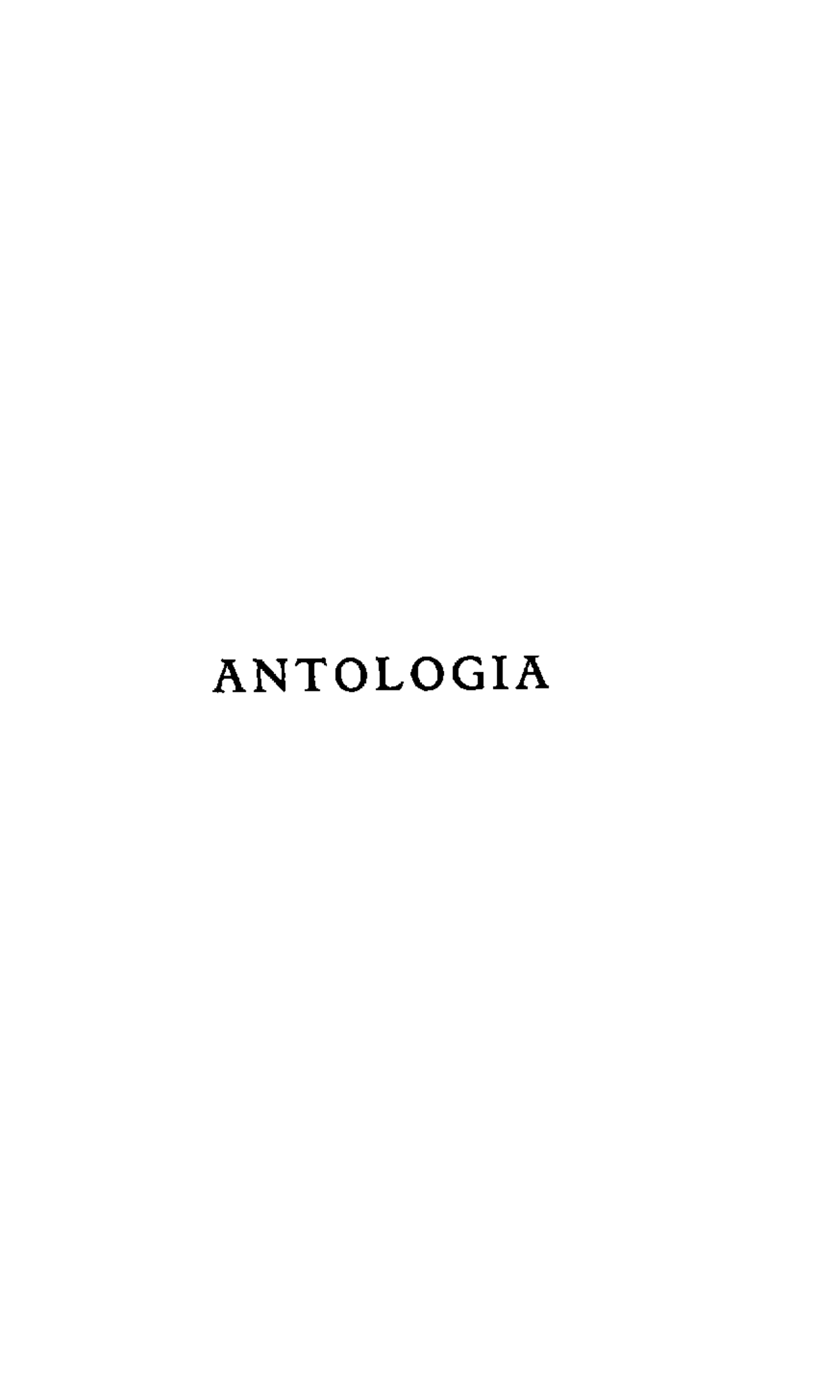
Luego de su muerte se efectuaron varias ediciones de sus obras de las cuales las más importantes son: *Obras completas*, T. I. "El rosario de Eros". T. II. "Los astros del abismo", Montevideo, Maximino García, 1924: *Poesías*, Montevideo, Claudio García y Cía., 1939 (Biblioteca "Rodó", Nros. 46-47); *Obras poéticas* Edición Oficial, Montevideo, Ministerio de Instrucción Pública, 1940, con prólogo de Raúl Montero Bustamante, y *Poesías completas*. Prólogo y selección de Alberto Zum Felde, Buenos Aires, Ed. Losada, 1944.

CRITERIO DE LA EDICION

La mayor parte de los poemas que integran la presente *Antología,* fueron cotejados con los que figuran en *Los cálices vacíos,* Montevideo, O. M. Bertani, 1913, último libro publicado en vida de la autora, conservándose en ellos fielmente la puntuación y el empleo de los signos admirativos e interrogativos.

Las poesías: "En el camino", "Serpentina" y "Mi plinto" que no figuran en la citada colección, están corregidas conforme al texto que da de ellas *Obras completas* T. I. "El rosario de Eros", Montevideo, M García, 1924. Para el poema "Mi plinto", se ha recurrido además a la versión publicada en la revista "Fray Mocho", año III, Nº 97, Buenos Aires, marzo 6 de 1914.

En cuanto a la acentuación, se han seguido las nuevas normas de la Academia Española.



ANTOLOGIA

LO INEFABLE

Yo muero extrañamente... No me mata la Vida,
No me mata la Muerte, no me mata el Amor;
Muero de un pensamiento mudo como una herida...
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor

De un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida,
Devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor?
¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida
Que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?...

Cumbre de los Martirios!... Llevar eternamente,
Desgarradora y árida, la trágica simiente
Clavada en las entrañas como un diente feroz!...

Pero arrancarla un día en una flor que abriera
Milagrosa, inviolable!... Ah, más grande no fuera
Tener entre las manos la cabeza de Dios!

LA BARCA MILAGROSA

Preparadme una barca como un gran pensamiento...
La llamarán "La Sombra" unos, otros "La Estrella."
No ha de estar al capricho de una mano o de un viento:
Yo la quiero consciente, indominable y bella!

La moverá el gran ritmo de un corazón sangriento
De vida sobrehumana; he de sentirme en ella
Fuerte como en los brazos de Dios! En todo viento,
En todo mar templadme su prora de centella!

La cargaré de toda mi tristeza, y, sin rumbo,
Iré como la rota corola de un nelumbo,
Por sobre el horizonte líquido de la mar...

Barca, alma hermana; hacia qué tierras nunca vistas,
De hondas revelaciones, de cosas imprevistas
Iremos?... Yo ya muero de vivir y soñar...

UN ALMA

Bajo los grandes cielos
Afelpados de sombras o dorados de soles,
Arropada en el manto
Pálido y torrencial de mi melancolía,
Con una astral indiferencia miro
Pasar las intemperies...

Ceños
De los reconcentrados horizontes;
Aletazos de fuego del relámpago;
Deshielos de las nubes;
Fantásticos tropeles
Desmelenados de los huracanes;
Pórticos esmaltados de los iris,
Abiertos a las fúlgidas bonanzas:
Pasad!... Yo miro indiferente y fija,
Indiferente y fija como un astro!

LAS CORONAS

...¿Un ensueño entrañable?... ¿Un recuerdo
[profundo?...
¡Fue un momento supremo a las puertas del Mundo!

El Destino me dijo maravillosamente:
—Tus sienes son dos vivos engastes soberanos:
Elije una corona, todas van a tu frente!—
Y yo las vi brotar de las fecundas manos,

Floridas y gloriosas, trágicas y brillantes!
Más fría que el marmóreo cadáver de una estatua,
Miré rodar espinas, y flores, y diamantes,
Como el bagaje espléndido de una Quimera fatua.

Luego fue un haz luciente de doradas estrellas;
—Toma! —dijo— son besos del Milagro, entre ellas
Florecerán tus sienes como dos tierras cálidas!...

...Tal pupilas que mueren, se apagaron rodando...
Yo me interné en la Vida, dulcemente, soñando
Hundir mis sienes fértiles entre tus manos pálidas!...

LOS RELICARIOS DULCES

Hace tiempo, algún alma ya borrada fue mía...
Se nutrió de mi sombra... Siempre que yo quería
El abanico de oro de su risa se abría,

O su llanto sangraba una corriente más;

Alma que yo ondulaba tal una cabellera
Derramada en mis manos... Flor del fuego y la cera...
Murió de una tristeza mía... Tan dúctil era,

Tan fiel, que a veces dudo si pudo ser jamás...

INEXTINGUIBLE...

Oh tú que duermes tan hondo que no despiertas!
Milagrosas de vivas, milagrosas de muertas,
Y por muertas y vivas eternamente abiertas,

Alguna noche en duelo yo encuentro tus pupilas

Bajo un trapo de sombra o una blonda de luna.
Bebo en ellas la Calma como en una laguna.
Por hondas, por calladas, por buenas, por tranquilas

Un lecho o una tumba parece cada una.

OFRENDANDO EL LIBRO

A EROS

Porque haces tu can de la leona
Más fuerte de la Vida, y la aprisiona
La cadena de rosas de tu brazo.

Porque tu cuerpo es la raíz, el lazo
Esencial de los troncos discordantes
Del placer y el dolor, plantas gigantes.

Porque emerge en tu mano bella y fuerte.
Como en broche de místicos diamantes
El más embriagador lis de la Muerte.

Porque sobre el Espacio te diviso,
Puente de luz, perfume y melodía,
Comunicando infierno y paraíso.

—Con alma fúlgida y carne sombría...

EL INTRUSO

Amor, la noche estaba trágica y sollozante
Cuando tu llave de oro cantó en mi cerradura;
Luego, la puerta abierta sobre la sombra helante,
Tu forma fue una mancha de luz y de blancura.

Todo aquí lo alumbraron tus ojos de diamante;
Bebieron en mi copa tus labios de frescura,
Y descansó en mi almohada tu cabeza fragante;
Me encantó tu descaro y adoré tu locura.

Y hoy río si tú ríes, y canto si tú cantas;
Y si tú duermes duermo como un perro a tus plantas!
Hoy llevo hasta en mi sombra tu olor de primavera;

Y tiemblo si tu mano toca la cerradura,
Y bendigo la noche sollozante y oscura
Que floreció en mi vida tu boca tempranera!

TU BOCA

Yo hacía una divina labor, sobre la roca
Creciente del Orgullo. De la vida lejana,
Algún pétalo vívido me voló en la mañana,
Algún beso en la noche. Tenaz como una loca,
Seguía mi divina labor sobre la roca,

Cuando tu voz que funde como sacra campana
En la nota celeste la vibración humana,
Tendió su lazo de oro al borde de tu boca;

—Maravilloso nido del vértigo, tu boca!
Dos pétalos de rosa abrochando un abismo...—

Labor, labor de gloria, dolorosa y liviana;
¡Tela donde mi espíritu se fue tramando él mismo!
Tú quedas en la testa soberbia de la roca,

Y yo caigo sin fin en el sangriento abismo!

¡OH, TU!

Yo vivía en la torre inclinada
De la Melancolía...
Las arañas del tedio, las arañas más grises,
En silencio y en gris tejían y tejían.

¡Oh la húmeda torre!...
Llena de la presencia
Siniestra de un gran buho,
Como un alma en pena;

Tan mudo que el Silencio en la torre es dos veces;
Tan triste, que sin verlo nos da frío la inmensa
Sombra de su tristeza.

Eternamente incuba un gran huevo infecundo,
Incrustadas las raras pupilas *más allá;*
O caza las arañas del tedio, o traga amargos
Hongos de soledad.

El buho de las ruinas ilustres y las almas
Altas y desoladas!
Náufraga de la Luz yo me ahogaba en la sombra...
En la húmeda torre, inclinada a mí misma,
A veces yo temblaba
Del horror de mi sima.



¡Oh Tú que me arrancaste a la torre más fuerte!
Que alzaste suavemente la sombra como un velo,
Que me lograste rosas en la nieve del alma,
Que me lograste llamas en el mármol del cuerpo;
Que hiciste todo un lago con cisnes, de mi lloro...
Tú que en mí todo puedes,
En mí debes ser Dios!
De tus manos yo quiero hasta el Bien que hace mal...
Soy el cáliz brillante que colmarás, Señor;
Soy, caída y erguida como un lirio a tus plantas,
Más que tuya, mi Dios!
Perdón, perdón si peco alguna vez, soñando
Que me abrazas con alas ¡todo mío! en el Sol...



FUE AL PASAR

Yo creí que tus ojos anegaban el mundo...
Abiertos como bocas en clamor... Tan dolientes
Que un corazón partido en dos trozos ardientes
Parecieron... Fluían de tu rostro profundo

Como dos manantiales graves y venenosos...
Fraguas a fuego y sombra tus pupilas!... tan hondas
Que no sé desde dónde me miraban, redondas
Y oscuras como mundos lontanos y medrosos.

¡Ah tus ojos tristísimos como dos galerías
Abiertas al Poniente!... Y las sendas sombrías
De tus ojeras donde reconocí mis rastros!...

Yo envolví en un gran gesto mi horror como en un velo,
Y me alejé creyendo que cuajaba en el cielo
La medianoche húmeda de tu mirar sin astros!

AMOR

Yo lo soñé impetuoso, formidable y ardiente;
Hablaba el impreciso lenguaje del torrente;
Era un mar desbordado de locura y de fuego,
Rodando por la vida como un eterno riego.

Luego soñélo triste, como un gran sol poniente
Que dobla ante la noche la cabeza de fuego;
Después rió, y en su boca tan tierna como un ruego,
Sonaba sus cristales el alma de la fuente.

Y hoy sueño que es vibrante, y suave, y riente, y triste,
Que todas las tinieblas y todo el iris viste;
Que, frágil como un ídolo y eterno como Dios,

Sobre la vida toda su majestad levanta:
Y el beso cae ardiendo a perfumar su planta
En una flor de fuego deshojada por dos...

EXPLOSION

Si la vida es amor, bendita sea!
Quiero más vida para amar! Hoy siento
Que no valen mil años de la idea
Lo que un minuto azul del sentimiento.

Mi corazón moría triste y lento...
Hoy abre en luz como una flor febea;
¡La vida brota como un mar violento
Donde la mano del amor golpea!

Hoy partió hacia la noche, triste, fría
Rotas las alas mi melancolía;
Como una vieja mancha de dolor
En la sombra lejana se deslíe...
Mi vida toda canta, besa, ríe!
Mi vida toda es una boca en flor!

EN TUS OJOS

Ojos a toda luz y a toda sombra!
Heliotropos del Sueño! Plenos ojos
Que encandiló el Milagro y que no asombra
Jamás la vida... Eléctricos cerrojos
De profundas estancias; claros broches,
Broches oscuros, húmedos, temblantes,
Para un collar de días y de noches...
Bocas de abismo en labios centelleantes;

Natas de amargas mares nunca vistas;
Claras medallas; tétricos blasones;
Capullos de dos noches imprevistas
Y madreperlas de constelaciones...

¿Sabes todas las cosas palpitantes,
Inanimadas, claras, tenebrosas,
Dulces, horrendas, juntas o distantes,
Que pueden ser tus ojos?... Tantas cosas

Que se nombraran infinitamente!...
Maravilladas veladoras mías
Que en fuego bordan visionariamente
La trama de mis noches y mis días!...
Lagos que son también una corriente...

Jardines de los iris! devorados
Por dos fuentes que eclipsan los tesoros
Sombríos más sombríos, más preciados...
Firmamentos en flor de meteoros;

Fondos marinos, cristalinas grutas
Donde se encastilló la Maravilla;
Faros que apuntan misteriosas rutas...
Caminos temblorosos de una orilla

Desconocida; lámparas votivas
Que se nutren de espíritus humanos
Y que el milagro enciende; gemas vivas
Y hoy por gracia divina, ¡siemprevivas!
Y en el azur del Arte, astros hermanos!

DE "ELEGIAS DULCES"

I

Hoy desde el gran camino, bajo el sol claro y fuerte,
Muda como una lágrima he mirado hacia atrás,
Y tu voz, de muy lejos, con un olor de muerte,
Vino a aullarme al oído un triste "¡Nunca más!"

Tan triste que he llorado hasta quedar inerte...
¡Yo sé que estás tan lejos que nunca volverás!
No hay lágrimas que laven los besos de la Muerte...
—Almas hermanas mías, nunca miréis atrás!

Los pasados se cierran como los ataúdes;
Al Otoño, las hojas en dorados aludes
Ruedan... y arde en los troncos la nueva floración...

—...Las noches son caminos negros de las auroras...—
Oyendo deshojarse tristemente las horas
Dulces, hablemos de otras flores al corazón.

II

Pobres lágrimas mías las que glisan
A la esponja sombría del Misterio,
Sin que abra en flor como una copa cárdena
Tu dolorosa boca de sediento!

Pobre mi corazón que se desangra
Como clepsidra trágica en silencio,
Sin el milagro de inefables bálsamos
En las vendas tremantes de tus dedos!

Pobre mi alma tuya acurrucada
En el pórtico en ruinas del Recuerdo,
Esperando de espaldas a la vida
Que acaso un día retroceda el Tiempo!...

EN EL CAMINO

Yo iba sola al Misterio bajo un sol de locura,
Y tú me derramaste tu sombra, peregrino;
Tu mirada fue buena como una senda oscura,
Como una senda húmeda que vendara el camino.

Me fue pródiga y fértil tu alforja de ternura:
Tuve el candor del pan, y la llama del vino;
Mas tu alma en un pliegue de su astral vestidura,
Abrojo de oro y sombra se llevó mi destino.

Mis manos, que tus manos abrigaron, ya nunca
Se enfriarán, y guardando la dulce malla trunca
De tus caricias ¡nunca podrán acariciar!...

En mi cuerpo, una torre de recuerdo y espera
Que se siente de mármol y se sueña de cera,
Tu Sombra logra rosas de fuego en el hogar;
Y en mi alma, un castillo desolado y sonoro
Con pátinas de tedio y humedades de lloro,

¡Tu sombra logra rosas de nieve en el hogar!

SERPENTINA

En mis sueños de amor, ¡yo soy serpiente!
Gliso y ondulo como una corriente;
Dos píldoras de insomnio y de hipnotismo
Son mis ojos; la punta del encanto
Es mi lengua... ¡y atraigo como el llanto!
Soy un pomo de abismo.

Mi cuerpo es una cinta de delicia,
Glisa y ondula como una caricia...

Y en mis sueños de odio, ¡soy serpiente!
Mi lengua es una venenosa fuente;
Mi testa es la luzbélica diadema,
Haz de la muerte, en un fatal soslayo
Son mis pupilas; y mi cuerpo en gema
¡Es la vaina del rayo!

Si así sueño mi carne, así es mi mente:
Un cuerpo largo, largo de serpiente,
Vibrando eterna, ¡voluptuosamente!

NOCTURNO

Fuera, la noche en veste de tragedia solloza
Como una enorme viuda pegada a mis cristales.

Mi cuarto:...
Por un bello milagro de la luz y del fuego
Mi cuarto es una gruta de oro y gemas raras:
Tiene un musgo tan suave, tan hondo de tapices,
Y es tan vívida y cálida tan dulce que me creo
Dentro de un corazón...

Mi lecho que está en blanco es blanco y vaporoso
Como flor de inocencia,
Como espuma de vicio!

Esta noche hace insomnio;
Hay noches negras, negras, que llevan en la frente
Una rosa de sol...
En estas noches negras y claras no se duerme.

Y yo te amo, Invierno!
Yo te imagino viejo,
Yo te imagino sabio,
Con un divino cuerpo de mármol palpitante
Que arrastra como un manto regio el peso del Tiempo...
Invierno, yo te amo y soy la primavera...
Yo sonroso, tú nievas:
Tú porque todo sabes,
Yo porque todo sueño...

...Amémonos por eso!...
Sobre mi lecho en blanco,
Tan blanco y vaporoso como flor de inocencia,
Como espuma de vicio,
Invierno, Invierno, Invierno,
Caigamos en un ramo de rosas y de lirios!

DESDE LEJOS

En el silencio siento pasar hora tras hora,
Como un cortejo lento, acompasado y frío...
Ah! Cuando tú estás lejos mi vida toda llora
Y al rumor de tus pasos hasta en sueños sonrío.

Yo sé que volverás, que brillará otra aurora
En mi horizonte grave como un ceño sombrío;
Revivirá en mis bosques tu gran risa sonora
Que los cruzaba alegre como el cristal de un río.

Un día, al encontrarnos tristes en el camino
Yo puse entre tus manos pálidas mi destino!
¡Y nada de más grande jamás han de ofrecerte!

Mi alma es frente a tu alma como el mar frente al cielo:
Pasarán entre ellas tal la sombra de un vuelo,
La Tormenta y el Tiempo y la Vida y la Muerte!

MI PLINTO

Es creciente, diríase
Que tiene una infinita raíz ultraterrena...
Lábranlo muchas manos
Retorcidas y negras,
Con muchas piedras vivas...
Muchas oscuras piedras
Crecientes como larvas.

Como al impulso de una omnipotente araña
Las piedras crecen, crecen;
Las manos labran, labran,

—Labrad, labrad, ¡oh, manos!
Creced, creced, ¡oh, piedras!
Ya me embriaga un glorioso
Aliento de palmeras.—

Ocultas entre el pliegue más negro de la noche,
Debajo del rosal más florido del alba,
Tras el bucle más rubio de la tarde,
Las tenebrosas larvas
De piedra crecen, crecen,
Las manos labran, labran,
Como capullos negros
De infernales arañas.

—Labrad, labrad, ¡oh, manos!
Creced, creced, ¡oh, piedras!
Ya me abrazan los brazos
De viento de la sierra.—

Van entrando los soles en la alcoba nocturna,
Van abriendo las lunas el camarín de nácar...

Tenaces como ebrias
De un veneno de araña
Las piedras crecen, crecen,
Las manos labran, labran.

—Labrad, labrad, ¡oh, manos!
Creced, creced, ¡oh, piedras!
¡Ya siento una celeste
Serenidad de estrella!

EL VAMPIRO

En el regazo de la tarde triste
Yo invoqué tu dolor... Sentirlo era
Sentirte el corazón! Palideciste
Hasta la voz, tus párpados de cera,

Bajaron... y callaste... Pareciste
Oír pasar la Muerte... Yo que abriera
Tu herida mordí en ella — ¿me sentiste? —
Como en el oro de un panal mordiera!

Y exprimí más, traidora, dulcemente
Tu corazón herido mortalmente,
Por la cruel daga rara y exquisita
De un mal sin nombre, hasta sangrarlo en llanto!
Y las mil bocas de mi sed maldita
Tendí a esa fuente abierta en tu quebranto.
. . . .

¿Por qué fui tu vampiro de amargura?...
¿Soy flor o estirpe de una especie oscura
Que come llagas y que bebe el llanto?

LA RUPTURA

Erase una cadena fuerte como un destino,
Sacra como una vida, sensible como un alma;
La corté con un lirio y sigo mi camino
Con la frialdad magnífica de la Muerte... Con calma

Curiosidad mi espíritu se asoma a su laguna
Interior, y el cristal de las aguas dormidas,
Refleja un dios o un monstruo, enmascarado en una
Esfinge tenebrosa suspensa de otras vidas.

DIA NUESTRO

—La tienda de la noche se ha rasgado hacia Oriente.—
Tu espíritu amanece maravillosamente;
Su luz entra en mi alma como el sol a un vergel...

—Pleno sol. Llueve fuego.— Tu amor tienta, es la gruta
Afelpada de musgo, el arroyo, la fruta,
La deleitosa fruta madura a toda miel.

—El Angelus. — Tus manos son dos alas tranquilas,
Mi espíritu se dobla como un gajo de lilas,
Y mi cuerpo te envuelve... tan sutil como un velo.

—El triunfo de la Noche. — De tus manos, más bellas,
Fluyen todas las sombras y todas las estrellas,
Y mi cuerpo se vuelve profundo como un cielo!

EL CISNE

Pupila azul de mi parque
Es el sensitivo espejo
De un lago claro, muy claro!...
Tan claro que a veces creo
Que en su cristalina página
Se imprime mi pensamiento.

Flor del aire, flor del agua,
Alma del lago es un cisne
Con dos pupilas humanas,
Grave y gentil como un príncipe;
Alas lirio, remos rosa...
Pico en fuego, cuello triste
Y orgulloso, y la blancura
Y la suavidad de un cisne...

El ave cándida y grave
Tiene un maléfico encanto;
—Clavel vestido de lirio,
Trasciende a llama y milagro!...
Sus alas blancas me turban
Como dos cálidos brazos;

Ningunos labios ardieron
Como su pico en mis manos;
Ninguna testa ha caído
Tan lánguida en mi regazo;
Ninguna carne tan viva,
He padecido o gozado:
Viborean en sus venas
Filtros dos veces humanos!

Del rubí de la lujuria
Su testa está coronada;
Y va arrastrando el deseo
En una cauda rosada...

Agua le doy en mis manos
Y él parece beber fuego;
Y yo parezco ofrecerle
Todo el vaso de mi cuerpo...

Y vive tanto en mis sueños,
Y ahonda tanto en mi carne,
Que a veces pienso si el cisne
Con sus dos alas fugaces,
Sus raros ojos humanos
Y el rojo pico quemante,
Es solo un cisne en mi lago
O es en mi vida un amante...

Al margen del lago claro
Yo le interrogo en silencio...
Y el silencio es una rosa
Sobre su pico de fuego...
Pero en su carne me habla
Y yo en mi carne le entiendo.
—A veces ¡toda! soy alma;
Y a veces ¡toda! soy cuerpo.—
Hunde el pico en mi regazo
Y se queda como muerto...
Y en la cristalina página,
En el sensitivo espejo
Del lago que algunas veces
Refleja mi pensamiento,
El cisne asusta de rojo,
Y yo de blanca doy miedo!



FIERA DE AMOR

Fiera de amor, yo sufro hambre de corazones.
De palomos, de buitres, de corzos o leones,
No hay manjar que más tiente, no hay más grato sabor,
Había ya estragado mis garras y mi instinto,
Cuando erguida en la casi ultratierra de un plinto,
Me deslumbró una estatua de antiguo emperador.

Y crecí de entusiasmo; por el tronco de piedra
Ascendió mi deseo como fulmínea hiedra
Hasta el pecho, nutrido en nieve al parecer;
Y clamé al imposible corazón... la escultura
Su gloria custodiaba serenísima y pura,
Con la frente en Mañana y la planta en Ayer.

Perenne mi deseo, en el tronco de piedra
Ha quedado prendido como sangrienta hiedra;
Y desde entonces muerdo soñando un corazón
De estatua, presa suma para mi garra bella;
No es ni carne ni mármol: una pasta de estrella
Sin sangre, sin calor y sin palpitación...

Con la esencia de una sobrehumana pasión!

OTRA ESTIRPE

Eros yo quiero guiarte, Padre ciego...
Pido a tus manos todopoderosas,
Su cuerpo excelso derramado en fuego
Sobre mi cuerpo desmayado en rosas!

La eléctrica corola que hoy desplego
Brinda el nectario de un jardín de Esposas;
Para sus buitres en mi carne entrego
Todo un enjambre de palomas rosas!

Da a las dos sierpes de su abrazo, crueles,
Mi gran tallo febril... Absintio, mieles,
Viérteme de sus venas, de su boca...

¡Así tendida soy un surco ardiente,
Donde puede nutrirse la simiente,
De otra Estirpe sublimemente loca!

PLEGARIA

—Eros: acaso no sentiste nunca
Piedad de las estatuas?
Se dirían crisálidas de piedra
De yo no sé qué formidable raza
En una eterna espera inenarrable.
Los cráteres dormidos de sus bocas
Dan la ceniza negra del Silencio,
Mana de las columnas de sus hombros
La mortaja copiosa de la Calma,
Y fluye de sus órbitas la noche;
Víctimas del Futuro o del Misterio,
En capullos terribles y magníficos
Esperan a la Vida o a la Muerte.
Eros: acaso no sentiste nunca
Piedad de las estatuas? —

Piedad para las vidas
Que no doran a fuego tus bonanzas
Ni riegan o desgajan tus tormentas;
Piedad para los cuerpos revestidos
Del arminio solemne de la Calma,
Y las frentes en luz que sobrellevan
Grandes lirios marmóreos de pureza,
Pesados y glaciales como témpanos;
Piedad para las manos enguantadas
De hielo, que no arrancan
Los frutos deleitosos de la Carne
Ni las flores fantásticas del alma;
Piedad para los ojos que aletean
Espirituales párpados:
Escamas de misterio,
Negros telones de visiones rosas...
¡Nunca ven nada por mirar tan lejos!
Piedad para las pulcras cabelleras
— Místicas aureolas —
Peinadas como lagos
Que nunca airea el abanico negro,
Negro y enorme de la tempestad;
Piedad para los ínclitos espíritus
Tallados en diamante,
Altos, claros, extáticos
Pararrayos de cúpulas morales;
Piedad para los labios como engarces
Celestes donde fulge
Invisible la perla de la Hostia;
—Labios que nunca fueron,
Que no apresaron nunca
Un vampiro de fuego
Con más sed y más hambre que un abismo.—

Piedad para los sexos sacrosantos
Que acoraza de una
Hoja de viña astral la Castidad;
Piedad para las plantas imantadas
De eternidad que arrastran
Por el eterno azur
Las sandalias quemantes de sus llagas;
Piedad, piedad, piedad
Para todas las vidas que defiende
De tus maravillosas intemperies
El mirador enhiesto del Orgullo:

Apúntales tus soles o tus rayos!

Eros: Acaso no sentiste nunca
Piedad de las estatuas?...

EL NUDO

Su idilio fue una larga sonrisa a cuatro labios...
En el regazo cálido de rubia primavera
Amáronse talmente que entre sus dedos sabios
Palpitó la divina forma de la Quimera.

En los palacios fúlgidos de las tardes en calma
Hablábanse un lenguaje sentido como un lloro,
Y se besaban hondo hasta morderse el alma!...
Las horas deshojáronse como flores de oro,

Y el Destino interpuso sus dos manos heladas...
Ah! los cuerpos cedieron, mas las almas trenzadas
Son el más intrincado nudo que nunca fue...

En lucha con sus locos enredos sobrehumanos
Las Furias de la vida se rompieron las manos
Y fatigó sus dedos supremos Ananké...

UNA CHISPA

Fue un ensueño de fuego
Con luces fascinantes
Y fieras de rubíes tal heridos diamantes;
Rayo de sangre y fuego
Incendió de oro y púrpura todo mi Oriente gris.
Me quedé como ciego...
¡Qué luz!... — ¿Y luego y luego?...
—¿Luego?... El Oriente gris...



CEGUERA

Me abismo en una rara ceguera luminosa
Un astro, casi un alma, me ha velado la Vida.
¿Se ha prendido en mí como brillante mariposa,
O en su disco de luz he quedado prendida?

No sé...
Rara ceguera que me borras el mundo,
Estrella, casi alma, con que asciendo o me hundo:
Dame tu luz y vélame eternamente el mundo!

VOLUMENES PUBLICADOS

1. — Carlos María Ramírez: ARTIGAS
2. — Carlos Vaz Ferreira. FERMENTARIO.
3. — Carlos Reyles: EL TERRUÑO y PRIMITIVO.
4. — Eduardo Acevedo Díaz: ISMAEL.
5. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES.
6. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA.
7. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O DEL URUGUAY. (Tomo I).
8 — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (Tomo II).
9. — Francisco Bauzá· ESTUDIOS LITERARIOS.
10. — Sansón Carrasco: ARTÍCULOS.
11. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS CONSTITUCIONALES.
12. — José P. Massera: ESTUDIOS FILOSÓFICOS.
13. — El Viejo Pancho: PAJA BRAVA.
14. — José Pedro Bellan: DOÑARRAMONA.
15. — Eduardo Acevedo Díaz. SOLEDAD y EL COMBATE DE LA TAPERA.
16. — Alvaro Armando Vasseur: TODOS LOS CANTOS.
17. — Manuel Bernárdez: NARRACIONES.
18. — Juan Zorrilla de San Martín. TABARÉ.
19. — Javier de Viana: GAUCHA.
20. — María Eugenia Vaz Ferreira: LA ISLA DE LOS CÁNTICOS.
21. — José Enrique Rodó: MOTIVOS DE PROTEO. (Tomo I).
22. — José Enrique Rodó. MOTIVOS DE PROTEO. (Tomo II).
23. — Isidoro de María: MONTEVIDEO ANTIGUO. (Tomo I).
24. — Isidoro de María: MONTEVIDEO ANTIGUO. (Tomo II).